

..... Este ministro, despues de los cumplimientos de estilo, y de decirme cuan estimable le era nuestra alianza, me pareció que tenía gran deseo de decirme alguna cosa, y á pesar de su mucha habilidad y disimulo, le conocí el embarazo en que se encontraba para esplicarse sobre los asuntos de Polonia. Díjome mil cosas de las penas inseparables de un largo ministerio, de la imposibilidad de prever ciertas circunstancias, y de remediarlas, por mas penosas que sean; de la naturaleza de algunos sucesos, contra los cuales no hay ni poder ni sabiduria que baste para evitar el verse arrastrado por ellos, y caminar mil veces mas lejos de lo que se quiere: en fin, sin nombrar ni una vez siquiera á la Polonia, ni la parte que había tenido su corte en la desmembracion de aquel reino, me llevó y me trajo el ministro austriaco con cincuenta frases, y con otros tantos rodeos por todas las avenidas de su dolor sobre el concierto de las tres potencias para la particion de aquel reyno. — Por mi parte le dejé hablar y decir todo lo que quiso, sin proferir yo ni una palabra siquiera que indicase que le entendía. Mi ánimo es continuar observando esta misma circunspección, y dejar las cosas á verlas venir en todas materias.

Tengo el honor, etc.

Otro pliego del mismo ministro en que da cuenta á M. de Vergennes de la conversacion espinosa que había tenido con el príncipe de Kaunitz, en fecha de 30 de setiembre de 1778 (Estrácto) (1).

..... Le leí al canceller de estado esta respuesta de S. M. prusiana (2). Despues que acabé de leerla, nos quedamos los dos en silencio, y como permaneciese sin hablar ni una sola palabra, le dije: « la respuesta prusiana repite poco mas ó menos el discurso tenido á M. de Thugut, con la sola diferencia de no desaprobarse la proposicion de dejar á la emperatriz un millon de florines de renta en la Baviera. »

(1) M. de Flassan t. VII, p. 214, dice de esta manera: « La diplomacia puesta en accion en el diálogo de dos personages hábiles, que se atacan y se defienden, cada cual por su parte, para hacer valer intereses contrarios, ó para hacérselos conceder, á pesar del odio y la rivalidad, ofrece una polémica de gabinete, y la lucha muy curiosa y muy digna de estudio, cuyas armas son la sagacidad, los talentos y la política.

(2) Se trata aqui de la respuesta que dió el conde de Finkestein, ministro de Prusia, al ministro de Francia en Berlín sobre la memoria que le presentó este último de parte de su corte, proponiendo la renovacion de las negociaciones entre el Austria y la Prusia.

M. de Kaunitz continuó todavía sin hablar, y por esta vez, habiéndole yo dado materia para explicarse ó contestar por lo menos alguna cosa, me decidí á callar yo también y aguardarle. Después de algunos instantes abrió por fin la boca para preguntarme si mi corte no me encargaba decirle alguna cosa de su modo de pensar acerca de esta respuesta. — Le contesté que acababa de esponerle la principal reflexion. — Estoy admirado, me replicó, de que no tengais nada que comunicarme sobre el juicio esencial que se forma de esto en vuestro gabinete, ni lo que piensa hacer. El rey y su consejo, le dije yo, ve con harta pena que se niegue absolutamente el rey de Prusia á la noble proposicion que la emperatriz ha hecho de renunciar á sus derechos y pretensiones en Baviera, con tal que S. M. prusiana renuncie por su parte á la reunion de los Margraviatos á su corona. — En seguida le dije también que el caballero de Gaussen os escribía que tenía motivos para creer que sería imposible persuadir al rey de Prusia á que entrase en ningun ajuste sobre el territorio bávaro que fuese conveniente al Austria. — El príncipe de Kaunitz replicó entonces vivamente: No hay ya ningun ajuste de este genero, que pueda convenir á la emperatriz. S. M. imperial está decidida á mantenerse siempre en la gran proposicion que ha hecho de volver todo cuanto posee en Baviera á

trueque de que el rey de Prusia deje los Margraviatos en el orden natural y admitido por la casa de Brandeburgo. — A esto le respondí, que la proposicion de volvérselo todo al elector palatino era muy laudable, y que en consecuencia no se debía disuadir á la emperatriz de una conducta tan noble, pero que aun estaba por ver si habria modo de poder realizar sus deseos mediante el consentimiento del rey de Prusia; y que en el caso de que fuese imposible atraer á S. M. prusiana á verificar la condicion *sine quâ non*, se necesitaría ver por que otros medios se podria lograr realizar la grande obra de la paz.

El señor príncipe de Kaunitz me dijo entonces, que no había mas que un camino que poder tomar para obligar al rey de Prusia; es á saber, que el rey tuviese á bien sostener y fortificar el tenor de la carta dirigida á M. de Gaussen.

Sobre esta idea continuamos hablando y discutiéndola largo rato, segun la diferencia de nuestras opiniones respecto de ella. El ministro austriaco empleó todo su arte y todo su talento para persuadirme que era necesario que el rey tomase un tono capaz de intimidar al rey de Prusia. Por lo que hace á mí, me limité por mi parte á demostrarle el peligro, ó por lo menos la inutilidad de comprometernos con S. M. prusiana; sobre lo cual apuré todas las razones que nos impiden adoptar con el rey

de Prusia otro tono que el que corresponde á una potencia conciliadora.

Sin embargo, por mas esfuerzos que hice para apoyar mis principios con razones del mas vivo interés para sus majestades imperiales, me fué imposible hacer que el príncipe de Kaunitz conviniese conmigo en que habia otros modos de poder hablar con el rey de Prusia sin llegar hasta las amenazas. En fin, monsieur, luego que vi que trabajaba absolutamente en vano para persuadir al canciller de la necesidad en que nos hallábamos de observar una conducta mesurada en nuestras relaciones con la Prusia, le declaré netamente, que ninguna razon del mundo nos haría comprometernos con S. M. prusiana tomando un tono que pudiese herirle; lo primero por que no era nuestra voluntad hacerlo asi; y lo segundo porque tampoco nos hallábamos en estado de hacerlo, ni de resolvernó á otras medidas que las que nuestra guerra con la Gran Bretaña requería que llevásemos hasta el mas alto grado de vigor y constancia. Es de mas el decirnos, monsieur, que este fallo cortante que di en el asunto no se quedó sin algunas réplicas de mal humor teñidas con los colores de la afliccion mas compasada. Pero yo me hice el desentendido y enderezé la conversacion acerca de el sentido que á primera vista ofrecia la respuesta prusiana sobre el millon de mejora, y sobre la manera de entenderlo nosotros;

á propósito de lo cual le dí por sentado que una vez que el rey de Prusia reconocia la oferta de esta mejora, podria muy bien encontrarse en este mismo reconocimiento otra nueva base de negociacion. Añadí tambien que bajo este aspecto, juntando la última proposicion de M. Thugut sobre el territorio bávaro desechada por el rey de Prusia, y el objeto de la proposicion prusiana que ha parecido insuficiente á la corte imperial, se podria muy bien sacar de estas dos propuestas otra tercera idea que tuviese un caracter y una medida conveniente á las dos potencias. Pero el príncipe de Kaunitz desechó altamente esta insinuacion, y volvió á su soberbia proposicion de restituir toda la Baviera como único médio digno de la emperatriz, pretendiendo que cualquiera otra negociacion que tuviese otra base sería una fuente inagotable de dificultades, y ocasionaria procedimientos chocantes é interpretaciones no menos irritantes de parte del rey de Prusia en gravamen de la casa de Austria. Pero sin hacer yo alto en estas palabrazas, continué esponiendo mis razones en favor de otra tercera proposicion, que como llevaba dicho, se sacase de las dos que habian sido desechadas por entrambas potencias beligerantes. Apelé luego sobre esto al genio del príncipe de Kaunitz muy á propósito para esta composicion conciliatoria, manifestandole que su prudencia podria luego restringir suficientemente la

manera de establecer la mejora del millon de renta. El ministro replicó á esta llamada que le hize, quejandose con alguna agriéz de que nosotros entráramos siempre en las ideas del rey de Prusia, y que lo mismo que él no nos ocupáramos sino de disminuir las ventajas de la casa de Austria. No dejé yo pasar esta reflexion, y atacandola fuertemente le dije que aun quando de este negocio nos hubiera de resultar alguna utilidad seria muy impertinente formar tales juicios, y que lo era tanto mas, quanto que estaban bien patentes las solas miras de amistad y de justicia por las cuales nos conducíamos, harto claras y notorias para que no merecié semos semejante inculpacion; que nosotros no sabíamos usar con nuestros amigos mas language que el de la verdad, y que si en esta ocasion tenía la verdad algunos sinsabores, no dependia de nosotros el sazonalr la mejor. Este discurso volvió á calmar nuestra conversacion, M. de Kaunitz me dijo que se sentía incapaz de encontrar ninguna proposicion del género que yo le indicaba, y me rogó que yo la hiciese. Bien podreis hacer os cargo del modo con que yo habré mordido este anzuelo. Entonces me dijo que os tocaba á vos, monsieur, el trazarle una proposicion conveniente, pues que por una parte creiais que era cosa imposible hacer que el rey de Prusia adoptase la restitution entera de la Baviera con la cláusula de los margraviatos;

y por la otra pensábais que era preciso venir á parar en un arreglo territorial á espensas de la Baviera en favor de la casa de Austria.

No me dejé yo cazar tampoco con esta proposicion, así como supé tambien evadirme de la otra que me había sido personal. Hízeme ver al canceller cuan injusta era la pretension de que el rey, que ha observado hasta de presente un silencio tan grande y tan digno de su moderacion sobre la sucesion bávara, se introdugese á pronunciar sobre los intereses austriacos y á indicarle sus limites ó su estension. Pero el príncipe de Kaunitz insistió en exigir estos oficios de nuestra parte, amontonando sobre este particular argumentos de la mas mala fe, que por mi parte le rebatí con la mayor franqueza. No quedándole pues mas que añadir y que decir, concluyó esclamando que este negocio no podría tener otro resultado que la guerra, si nosotros no queríamos tomar la direccion de los medios que podrían impedir la resolviéndonos á obrar de una manera mas decisiva. A lo cual contesté que el rey no conocía ni conócera nunca mas modo de obrar en este asunto, que el de corresponder, por quantos medios estuviesen á su alcance, y con el afecto mas sincero á la confianza de la emperatriz, y que este solo modo que S. M. conócía era el de mantenerse siempre con la mayor imparcialidad entre la emperatriz y el rey de Prusia, para comunicarles

sus respectivos designios, decirles con verdad su parecer, y procurar inspirarles ideas conciliadoras. Mas á pesar de estas esplicaciones tan terminantes como razonables, el príncipe de Kaunitz siguió hasta el fin reproduciendo su deseo de saber del rey cual seria la proposicion que podria hacer para asentar la base del millon de mejora en Baviera, etc.

*Pliego del mismo embajador á M. de Vergennes, dándole cuenta de la conversacion que habia tenido con el emperador Joseph II, su fecha de 26 de mayo de 1779. (Estracto.)*

... El emperador me recibió con mas frialdad que la emperatriz. Su manera de darme gracias para el rey descubria mas bien que la satisfaccion el disgusto, y en cuanto á mí aun audivo mas escaso pronunciando apenas entre dientes algunas palabras de cortesía. Despues de contestarle, como era debido, comencé diciendo: « Yo creo que V. M. verá con placer que la paz que acaba de hacer promete una larga duracion. » El emperador respondió que sí, é inmediatamente continué diciendo: « Es una cosa muy natural que haya debido costar á V. M. alguna violencia el sacrificar por el reposo público la ocasion que ha tenido de continuar mostrando brillantemente sus grandes talentos militares; pero

V. M. puede estar muy contento de la reputacion que le ha merecido su primera campaña; y por lo que hace á mí puedo asegurarle que hasta sus mismos enemigos le hacen en esto una entera justicia. » Este pequeño cumplimiento hizo desaparecer al instante lo sombrío de su imperial recibimiento. Mis lisonjas fueron admitidas con aquel género de modestia que no deja perder nada al orgullo, y de ellas tomó ocasion para contarme toda su campaña. Los pormenores, en que entró sobre esta materia, le sirvieron para ostentar el estado, la voluntad y el número prodigioso de su ejército, si se hubiera hecho otra campaña este año. Repitióme con esta ocasion lo que me habia ya dicho en el mes de enero, que hubiera llegado á tener trescientos y treinta mil hombres al rededor de sus reales; y con tamañas fuerzas, me dijo, y en mi edad no es posible mirar la paz sin alguna pena; pero en fin es menester conformarse con la voluntad de la emperatriz y con las circunstancias (1).

(1) Esta conversacion del baron de Breteuil se verificó á su vuelta de Teschen. El emperador, menos satisfecho de la paz que la emperatriz Maria Teresa, sentia no haber sacado de su posicion y de sus derechos, todo el partido que deseaba. Esta conversacion fue sostenida con mucha sagacidad por el baron, el cual sabia que el emperador hubiera querido de parte de la Francia demos-

El emperador me habló después de sus pretensiones sobre la Baviera, acerca de lo cual me permitió las reflexiones que daba de sí este asunto con respecto á nosotros. El emperador me dió á entender claramente que había esperado que el rey le ayudase en sus miras. No pude yo menos de contestar á esta insinuacion con tanto vigor como franqueza, y por remate de este discurso, demasiado largo para referirlo aqui, concluyó el emperador, diciendome: « No pienso yo sin embargo, que si me hubiese hallado en el lugar del rey habría dado al instante los veinte y cuatro mil hombres que el tratado estipula; tal vez habría yo hecho lo mismo que el rey, y hubiera atendido mas bien á los intereses. » A esto repliqué vivamente diciendo: « Ni yo hubiera sido tampoco capaz de pedir á V. M. otra cosa mas que esa reflexion tan justa que acaba

traciones armadas mas bien que recomendaciones amigables. — Las conversaciones de este género, dice M. de Flassan, ofrecen una idea mas cabal del caracter y los principios de los monarcas, que los juicios vagos y aventurados que se forman por la apariencia de los sucesos y por los rumores de los cortesanos. — Este pliego ofrece tambien un modelo para aprender á tratar de objetos delicados con un soberano resentido, y mal contentadizo, no adularle, no chocar tampoco con él, y conservar su agrado y su estimacion.

de hacer. » — « Pero yo creo tambien, repuso el emperador, que puesto en mi lugar, el rey se hubiera manejado lo mismo que yo en el ejercicio de mis derechos sobre la Baviera. » — No quise yo combatir esta reflexion, pero tampoco me pareció conveniente prestar á ella todo mi asenso. El emperador continuó diciendo: « Toda la prudencia humana no es bastante para advertir que el éxito de un negocio pueda ser enteramente contrario en una empresa justa, para la cual se ha tenido ademas el miramiento de añadir el consentimiento formal y espontaneo del único hombre que tenía derecho de oponerse á ella, ó de prestarle su consentimiento legal. » — Siguióse á esto el hablar de la convencion de 5 de enero (entre el Austria y el elector palatino). Sobre esta materia no me pareció tampoco conveniente manifestarme tan contemplativo, como hubiera querido el emperador con respecto á las consecuencias que pretendia sacar en su favor de esta convencion (1).

(1) Los esfuerzos que el emperador había hecho en la última campaña, aumentando, en seis meses, su ejército, desde solos ciento cuarenta mil hombres de que se componia, hasta trescientos ochenta mil, sirvieron de argumento al baron de Breteuil, ponderando bien este esfuerzo, para hacer ver al emperador los cálculos que

Yo le repetí con este motivo la necesidad que había de dar una gran prueba de moderacion, para calmar las inquietudes que eran de temer. El emperador me dijo que conocia la fuerza de esta observacion; pero; como, me añadió, podré dar esa gran prueba de moderacion, en estado de paz? A esto le respondí que hallandose fijada la atención general en su persona, le sería facil saber decir y hacer cuanto juzgase conveniente para los efectos que quisiese producir sucesivamente en la opinion pública; que los negocios de la Alemania bastarian ellos solos para ofrecerle á este fin mil ocasiones favorables, y que S. M. conocia mejor que yo el trabajo de sus enemigos en el imperio. El emperador me respondió: « que á nadie, sino es á mí, podía decir hasta qué punto menospreciaba el género de negocios que le presentaba su cualidad de emperador; que no debía yo ignorar cuan poco apegado se hallaba á aquella fastidiosa tarea, y cuan poco se ocupaba de ella; que era menester que le conociese bien y que no me quedase duda sobre su manera de ver los chismes interminables y los enredos continuos de las diferentes religiones del imperio; que sin embargo estas frecuentes ani-

---

este prodigioso recurso de su poder y de la actividad de su caracter debía producir en todos los gabinetes.

mosidades producían todos los dias disputas, que venian á parar á él, y que tenía la desgracia de que si fallaba por exemplo en favor de los capuchinos que nada le importaban, pero que le parecía tener razon, gritaban los protestantes que quería aniquilarlos; y que al contrario cuando le parecían justas las reclamaciones de los protestantes contra las intentonas de los católicos, los clérigos y los frailes alborotaban el mundo diciendo que el jefe del imperio abandonaba la religion, y se hallaba próximo á mudar de creencia. Sobre esto le contesté que semejantes quejas de la injusticia pública eran una fatalidad aneja al poder supremo; pero que tenía tambien su compensacion en los aplausos universales que debería producirle la imparcialidad de todas sus decisiones.

En medio de toda esta conversacion yo no se como vino á suceder que me fuese preciso decir al emperador que no había quedado muy contento con nosotros, y conmigo menos, de resultas de aquellas cosas que no habían correspondido á sus proyectos un año hacia. Entonces el príncipe, asiendome de un brazo con bondad, me dijo: « Entre nosotros sucede lo mismo que en una familia que se lleva bien, y sin embargo hay tambien en ella sus ratos de mal camino y de enfurrñarse. El mas vivo querría algunas veces aporrear á su mejor amigo; pero en sosegandose un poco,

pasadas las cosas y mejor vistas, se vuelven á querer, y se tienen por lo común mas cariño. » A esta comparacion harto dulce, pero sin embargo un poco cargada, no respondí yo sino con palabras insignificantes, pero lo bastante en tales casos para satisfacer en el curso ordinario de las conversaciones. Me parece, despues de todo, que el emperador ha quedado contento. La manera bondadosa con que siguió conmigo hasta el fin de esta audiencia, me hace creer que mi modo de hablar no le ha sido desagradable, etc.

*Pliego del general Bonaparte, plenipotenciario de la republica francesa, dirigido al directorio, con fecha de 17 de octubre de 1797, despues de concluida la paz de Campo-Formio (1).*

Paseriano, 27 de vendimiario, año 6.

La paz se firmó ayer despues de media noche. A las dos hice salir al general Berthier y al ciudadano Monge para que os llevasen el tratado original, y

(1) *Correspondencia inedita de Bonaparte*; cuaderno 3 p. 209.

os decia que os escribiría hoy por la mañana. A este fin os despacho un correo extraordinario que llegará al mismo tiempo, y tal vez primero que el general Berthier, por cuya razon os incluyo adjunta una copia literal del tratado.

1º No será extraño que la crítica se suelte para desacreditar esta negociacion que acabo de firmar. Pero los que conozcan bien la Europa y tengan el tacto de los negocios, se convencerán facilmente de que era imposible sacar mejor partido sin comenzar otra vez la guerra y conquistar otras dos ó tres provincias de la casa de Austria. ¿Era esto posible? Si. ¿Era preferible? No.

El emperador había dirigido todas sus tropas contra el ejército de Italia, y nosotros teniamos todas nuestras fuerzas en el Rhin. El ejército de Alemania hubiera necesitado treinta días de marcha para poder llegar á las fronteras de los estados hereditarios de la casa de Austria, y durante este tiempo hubiera yo tenido contra mí las tres cuartas partes de sus tropas. La probabilidad de vencerlas no estaba de parte mia, y aun cuando las hubiese vencido, no hubiera podido menos de haber perdido una gran parte de los valientes soldados, que han vencido ellos solos todo el poder del Austria, y han cambiado los destinos de la Europa. Vosotros teneis ciento y cincuenta mil hombres en el Rhin; y yo no tengo sino cincuenta mil en Italia.



2° El emperador, al contrario, tiene ciento y cincuenta mil hombres contra mí, cuarenta mil en reserva; y cuando mas cuarenta mil de la otra parte del Rhin;

3° La negativa de ratificar el tratado del rey de Cerdeña me hubiera privado de diez mil hombres, y me habria dado inquietudes de consecuencia en mi retaguardia que perdía muchas ventajas por los armamentos extraordinarios de Napoles;

4° Las cimas de las montañas estan ya cubiertas de nieve. Yo no podia comenzar, hasta despues de un mes, las operaciones militares, pues por una carta que he recibido del general del ejército de Alemania me hallo instruido del mal estado en que se hallan sus tropas, y me dice que el armisticio de quince dias que habia entre los dos ejércitos no se habia roto todavia. Desde Udina hasta el ejército de la Alemania hay diez dias de camino para cualquier correo, y de consiguiente se necesita este tiempo para anunciarle la ruptura. De aqui es que las hostilidades no podian volver á comenzar sino veinte y cinco dias despues, en cuyo tiempo son las grandes nieves.

5° Quedaba el partido de esperar al mes de abril, y pasar todo el invierno en organizar los ejércitos y disponer un plan de campaña que, diciendolo en confianza, no hubiera sido posible combinarlo sino muy mal; pero este partido no

convenia, ni á la situacion interior de la república, ni al estado de nuestra hacienda, ni al del ejército de Alemania.

6° Estamos en guerra con los Ingleses, y este enemigo es muy considerable.

Si el emperador repara sus pérdidas en algunos años de paz, y la república cisalpina se llega á organizar convenientemente; la ocupacion de Maguncia y la destruccion de la Inglaterra nos compensarán de todo lo demas, y no dejarán que este príncipe vuelva á pensar en medirse con nosotros.

7° Muchos siglos hace que no se ha visto una adquisicion tan brillante como la que hacemos nosotros ahora. La parte mas preciosa de la república de Venecia queda para nosotros; la republica cisalpina adquiere otra parte, y lo demas lo adquiere el emperador.

8° La Inglaterra iba á renovar otra coalicion. La guerra que habia sido nacional y popular cuando el enemigo estaba en las fronteras, no tiene ya interés para el pueblo, y no es mas que una guerra de gobierno. En el orden natural de las cosas hubiéramos acabado su cambiando.

9° Al presente que la Cisalpina tiene las fronteras nias militares de la Europa; que nosotros tenemos á Maguncia y el Rhin, y añadimos ademas en Levante á Corfú, plaza extraordinariamente fortificada, y las otras islas ¿que mas queremos? Nos conven-

dria por ventura divertir nuestras fuerzas para que la Inglaterra continúe quitándonos á nosotros, y á la España y Holanda nuestras respectivas colonias, y alejar todavía por mas tiempo el restablecimiento de nuestro comercio y nuestra marina?

Los Austriacos son torpes y avaros. Ninguna nacion es menos intrigante ó menos peligrosa que ellos en cuanto á nuestros negocios militares. El Inglés al contrario es generoso, intrigante y emprendedor. Se necesita que nuestro gobierno destruya la monarquía anglicana, y si no lo hacemos así debemos temer mucho ser destruidos por la corrupción y la intriga de estos activos isleños. El momento actual nos ofrece un gran juego. Concentremos toda nuestra actividad en la marina, y destruyamos la Inglaterra. En habiéndolo hecho así, la Europa toda estará á nuestros pies.

#### BONAPARTE.

*Pliego del baron Lagerbielke, ministro del rey de Suecia en Paris, dándole cuenta de una conversacion que habia tenido con el emperador Napoleon, su fecha de 26 de octubre de 1810, (Extracto.)*

..... Sin embargo de todos los agasajos perso-

nales que habia yo recibido, me era muy facil prever que se me venia á presentar una escena poco agradable. La naturaleza de mis conferencias con el duque de Cadore, la partida precipitada de M. de Czernitcheff, el catástrofe de que se veía amenazada la Suecia por negocios de comercio, las ventajas logradas en el Portugal, de las que sin duda se deseaba sacar todas las ventajas posibles para dañar á los Ingleses á un tiempo por todas partes; tantas circunstancias reunidas me habian hecho juzgar harto claramente cual seria el objeto de la audiencia; pero confieso que no me esperaba yo una explosion tan violenta. Yo no habia visto nunca al emperador colérico, y cabalmente este dia lo estaba tanto que excede á cuanto es posible imaginar. El duque de Cadore acompañaba al emperador: su presencia me hizo desde luego pensar que no se me habia llamado sino para oír alguna declaracion oficial, y que no me sería permitida la discusion. Pero no por eso dejé de prepararme para responder cada vez que yo podria hallar un claro.

Me es imposible referir por menor á V. M. todo cuanto me ha dicho el emperador por espacio lo menos de cinco cuartos de hora. Era tan grande su agitacion, sus discursos tan cortados y tan varios, y tantas sus repeticiones, que no cabía de modo alguno en ninguna memoria humana el retenerlo todo, y darle orden.

